

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Núm.
mero, 10 céntimos.—Atrasado, 25.—Co-
rresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

SELLOS CON LOS RETRATOS

DE

ORENSE, FIGUERAS,

RUIZ ZORRILLA Y CASTELAR

Están admirablemente grabados por el re-
nombrado artista don Bartolomé Maura.

Precio de cada sello 25 céntimos.

Se ponen á la venta para fines de propa-
ganda.

Los pedidos á la administración de El
Motín.

PALINODIA

El gran Tolstoi está con el alma su un
bilo. Es fama que se le puede ahogar con
un caballo. Ni es para menos lo que le su-
cede. El Santo Sínodo ha resuelto separar-
le de la comunidad de los fieles y prohibir
toda plegaria consagrada á su memoria si
muere sin arrepentirse. Y como Tolstoi sabe
muy bien que los propios merecimientos,
las virtudes y las buenas obras no procuran
la salvación si no van acompañadas por las
liturgias de la Iglesia y las oraciones del
vulgo, de ahí procede la honda tribulación
que trae acongojado su espíritu.

Es ésta tal, que ha decidido al grande
hombre (lo sabemos de buena tinta) á hacer
una retractación solemne de los extravíos
que han atraído el anatema sobre su cabeza
á la vez venerable y pecadora. Cuyo docu-
mento, reducido á esqueleto, y salvos, na-
turalmente, los primeros del pensamiento
y del estilo, viene á decir en sustancia, se-
gún informes fidedignos, algo parecido á lo
siguiente:

«Yo, León Tolstoi, conde de Tolstoi, á
punto de comparecer ante el tribunal de la
Justicia Eterna, hago público desagravio á
la Iglesia ortodoxa, justamente ofendida
por mis heréticas doctrinas. Harta razón
ha tenido el Santo Sínodo para anatematiz-
arme en nombre de Jesucristo. Arrepenti-
do de mis errores, declaro querer morir
en el seno de la comunidad de los fieles re-
cordando las palabras de Aquel que anun-
ció que un día habría de llegar en que ya
no se adorase á Dios en espíritu y en ver-
dad, sino en Jerusalén ó en Samaria.

Yo, en mi desvarío, he maldecido la di-
cordia. En mi libro *La guerra y la paz*, tan
bello, humanamente hablando, traté de pa-
tentizar la bárbara inutilidad de la humana
carnicería. Cerrados los ojos á la realidad,
neguéme á rendir tributo á la religión de
los hechos. No quise reconocer que la gue-
rra es santa cuando la impulsan santos mó-
viles; el de apoderarse de las colonias es-
pañolas, el de quedarse con las minas de
oro del África austral, el de repartirse la
China. Ni siquiera admití la guerra defen-
siva. Por eso hoy me excomulga el Santo
Sínodo, invocando el Evangelio. Porque
allí está escrito: «Exterminaos los unos á
los otros; aniquilad á vuestros enemigos; de-
volved mal por mal; al que te abofetea en
una mejilla, abofetale tú en ambas; bien-
aventurados los soberbios, los guerreros y
turbulentos, los crueles y enemigos de los
hombres.» Y también dice: «Si trajeres tu
presente al altar, y allí te acordases que tu
hermano tiene algo contra ti, deja allí tu
presente y no vuelvas hasta haberte ven-
gado de tu hermano.»

Yo he censurado duramente á las altas
clases. En mi hermosa novela *Ana Karenina*,
y en casi todas mis obras, pongo de re-
lieve la podredumbre que corroa á los ricos
y poderosos de la tierra. Siempre fueron
mis predilectos los pobres, los desvalidos,
los desheredados. Por eso el Santo Sínodo
prohibe á los *mujijs* que oren por la salva-
ción de mi alma, en nombre de Aquel que
quiso nacer de regia estirpe, en dorada
cuna, y eligió por discípulos á un cortejo
de príncipes; de Aquel que decía á los fie-
les: «hazte rico y ságueme», y les recomen-
daba que no se cuidasen de acumular bie-
nes en el cielo, sino tesoros en la tierra; de
Aquel que anunciaba que más fácilmente
pasaría un camello (ó un cable, que para el
caso tanto monta) por el ojo de una aguja,
que entrar un pobre en el reino de los cie-
los.

Yo he fastigado en mi último libro *Re-
surrección* el régimen bárbaro de nuestras
prisiones, donde aparecen confundidos los
culpables con los inocentes, donde algunos
parias de la sociedad, más desdichados que
delinquentes, son tratados con salvaje crue-
lidad y sometidos á las mayores humillacio-
nes por hombres que no valen más que
ellos. En mi delirio llegué hasta negar á
la sociedad el derecho de castigar. Olvida-
ba que está escrito: «Juzgad para no ser
juzgados; perdonanos nuestras deudas, ya
que nosotros no perdonamos á nuestros
deudores; bienaventurados los que persi-
guen á sus hermanos en justicia y los que
están de justicia hartos; al que te quite la
capa, mándale á presidio.»

Yo he criticado acerbamente los vicios
de la Iglesia, las ceremonias sin unción, las

devociones sin piedad, el abuso del jura-
mento, la profanación de colocar la imagen
de Cristo en todos los antros de la injusti-
cia social, la hipocresía, la codicia, la in-
continencia y la ignorancia de nuestros
popes. El Santo Sínodo me ha excomulgado
por ello recordando la doctrina del Maes-
tro, fundada toda en la letra que vivifica,
no en el espíritu que mata, y repitiendo
las palabras con que el Cristo enaltece la
hipócrita devoción de los fariseos, llama-
ndoles sepulcros blanqueados, y las exhor-
taciones que hace á sus discípulos para que
juren y perjuren á troche y moche.

De todo ello amargamente me arrepiento
y declaro que, para seguir perteneciendo
á la grey de Cristo y merecer después de
muerto las plegarias de los fieles mis her-
manos, en vez de renunciar honores y ri-
quezas, vestir la blusa del *muji*, aprender
un oficio, retirarme al campo para vivir
entre los indigentes compartiendo sus pe-
nas y alegrías, y consagrar todas las fuer-
zas de mi espíritu al apostolado de la jus-
ticia y la verdad, he debido morar en la
corte, lisonjear á los poderosos, acumular
grandes riquezas, desempeñar altos cargos,
renegar de la justicia, desoír la voz de la
verdad, mentir á mi conciencia y llegar
así acaso á ser miembro del Santo Sínodo.
Ahora reconozco, aunque tarde, que la or-
todoxia consiste en afirmar la divinidad de
Jesucristo, aunque no se practique ni una
letra de su doctrina. Que no en vano está
escrito: «Todo el que diga Señor, Señor,
entrará en el reino de los cielos; no el que
hiciere la voluntad de mi Padre que está
en los cielos.»

Esto dicen que dirá el inmortal Tolstoi
al Santo Sínodo. ¡Cuántos otros, en medida
infinitamente más modesta, deberíamos
cantar también una palinodia semejante!

ALFREDO CALDERÓN

¿Honradez ó tontería?

Hace pocas mañanas fué encontrado,
no recuerdo en qué calle, un anciano ten-
dido en el suelo é inmóvil. Auxiliado por
los vecinos, se le suministró una taza
de caldo con la cual se reanimó un poco
y pudo trasladarse á su casa. El ancia-
no era un cesante, y el hambre la causa
de su desfallecimiento.

¡Bah, un tonto! exclamé al leer la no-
ticia. Uno que ha tomado en serio cer-
tas ideas, y muere víctima de su torpeza;
un hombre honrado, un pobre hombre,
en fin. Morirse de hambre en estos
tiempos! Decididamente ese cesante ha
sido un majadero toda su vida. Como si
lo viera: cuando estuvo empleado le da-
ría por ser probo y laborioso, y por las
tardes, al retirarse á su casa, saborearía
con su mujer y sus hijos las desabridas
patatas de la honradez, y después se dor-
miría tranquilo sobre el sucio jergón de
la decencia. Lo dicho, un tonto. Que no
se ofenda, pero él se tiene la culpa de lo
que le sucede.

Hubiera hecho lo que tantos otros que
conocerá, y á buen seguro que se viera
así; eligiera á tiempo cualquier camino
de los muchos que hay abiertos para
medrar, prescindiera de su conciencia,
se pasara la mano por la cara, y hoy,
adulado y respetado, viviría espléndida-
mente, y al morir mañana no faltaría
quien encomiara sus virtudes públicas y
privadas.

¿Quiere ejemplos? Tienda la vista por
cualquier parte, si sus ojos, cansados de
llorar, se lo permiten, y verá triunfante
la impudencia, adulado el vicio y encum-
brada la deshonra.

Mientras él soportaba la miseria honra-
da—¿he dicho miseria honrada? pues
borro la frase por falsa é inadmisibile—
la miseria degradante, esos otros, disfra-
zados y ocultos tras los bastidores del
teatro social, practicaban el robo decen-
te que el oro de las molduras sanciona,
y que hecho en la calle conduce á pres-
idio; robo que hoy les permite pasar con
indiferencia al lado del que desfallece de
indigencia de virtud.

Y en tanto que él, rodeado de caras
macilentas y de ojos suplicantes de ni-
ños hambrientos, consideraba lo largo
que es un día sin pan y sin abrigo,
ellos, los hábiles, bulían, se agitaban,
y por toda clase de medios se enrique-
cían, que nada es tan fácil en las épocas
de eclipses de sentido moral; y hoy to-
dos tienen derecho á mofarse del torpe
cesante que cae en esas calles desfalle-
cido por falta de una taza de caldo. Y
tienen razón, ¡qué diablos! la cuestión
es vivir, y vivir bien, caiga el que caiga.

Resignate, cesante—iba á decir fasti-
diado;—y ya que has sido un necio toda
tu vida, sufre las consecuencias. Mué-
rete de hambre en un rincón, y deja á tus
hijos la miseria por herencia, que ella
se encargará de traer de la mano á la
deshonra. Y no te enorgullezcas de tu
honradez al exhalar el último suspiro,

ni creas que has producido efecto alguno
en el papel de víctima que has desempe-
ñado en la farsa social; nada de orgullo.

Para uno que diga jera un hombre de
bien!, habrá diez mil que exclamen: jera
un tonto! Y menos mal si tus hijos no
opinan lo mismo á los dos días de no ali-
mentarse.

JOSÉ NAKENS

EN PLENA BARBARIE

Las grandes potencias que se llaman civil-
izadas y que con una ó otra interpretación
más ó menos lógica siguen en lo moral las
doctrinas de Cristo, de amor y de paz, en-
cuentranse hace tiempo sobresaltadas y re-
celosas, aprehendiendo grandes armamentos
y movilizandolos en previsión de bélicas re-
voluciones que parecen presagiarse en este siglo
con refrigerantes brisas de libertad y de in-
mensos adelantos en las ciencias y en las
ideas, y amenaza acabar con ventos tempe-
stuosos de guerra y exterminio.

Después de tanto preconizar el derecho,
la justicia y la razón, hemos venido á caer
bajo el dominio pleno de la fuerza bruta.

Las imponderables riquezas obtenidas del
esfuerzo intelectual y del trabajo físico de
los pueblos, se han invertido por los gobier-
nos autócratas y teócratas de las naciones
de Europa en adquirir elementos de muerte
y destrucción; los adelantos portentosos de
la química y la mecánica se han puesto pre-
ferentemente al servicio de la guerra, pro-
duciendo inventos admirables por la suma
de talento y de ingenio que representan y
monstruosos por sus efectos en el oficio á
que se los destina.

Masas enormes de hombres en plena ju-
ventud y virilidad, cuyo trabajo sería pro-
ductor de inmensas riquezas y gran clemen-
tia de prosperidad y bienestar dedicado á la
agricultura, las artes y los oficios, son are-
bataados al campo, á la fábrica y al taller
para ser reclutados y esterilizados bajo las
estruchas y severísimas leyes de disciplina
en los acuartelamientos militares y en los sol-
dados de los buques de las armadas.

Esto dices que vino haciéndose en bene-
ficio de la paz, de esa paz armada que no es
más que la guerra lenta y sin estrépito de
cañonazos que ha venido esquilmando y des-
truyendo los pueblos, haciendo casi imposi-
ble su vida en lo económico y en lo moral.

Los grandes aprestos militares y la osten-
tación de poderosos elementos de combate
terrestres y marítimos que han hecho todos
los Estados europeos, son los que hasta aho-
ra han mantenido en equilibrio las relaciones
de los gobiernos, y los que han contenido
los impulsos de rivalidad y de ambición en
los límites de la prudencia convencional, dis-
frazada en el garruloso lenguaje de la diplo-
macia moderna con el nombre de relaciones
amistosas.

Es decir, hablando claro y desechando hi-
pócritas figuras retóricas é indignos eufemis-
mos que sólo sirven para desfigurar ó aten-
nuar el verdadero sentido de las palabras
que expresan las ideas, la paz europea ha es-
tado y está aún sostenida por el miedo que
las grandes potencias se tienen unas á otras.
Y esto no significa otra cosa sino que hemos
vivido y vivimos bajo el dominio de la fuer-
za, de la barbarie que no ha dejado de exis-
tir, y que hoy está sólo contenida en parte
por el poder de las armas, que al fin de la
jornada, sustituyendo el antiguo tosco feuda-
lismo por el actual militarismo ilustrado, ha
venido á suplir las deficiencias de todas las
creencias religiosas, de todas las teorías so-
ciológicas y de todas las doctrinas filosóficas
encaminadas á mejorar, dulcificándolos y
humanizándolos, los naturales perversos ins-
tintos de la raza.

Las pasiones del egoísmo y de la ambición
que impelen á un Estado á quitar á otro algo
que le envidia, no se contienen ante la idea
de la injusticia del intento, sino ante el tem-
or de las represalias; si éstas no son de tem-
or, el despojo y el atropello se realizan de
hecho y se justifica la acción con cualquier
pretexto ó sutileza fácil de inventar en las
modernas cancellerías. En último caso se
mantiene el hecho con razones que no dejan
lugar á dudas, puesto que están expresadas
con la elocuencia contundente que usan las
bocas de los cañones.

¿Qué mayor razón ni justicia puede pedir-
se á Inglaterra para poseer Gibraltar, que
las que representan las formidables baterías
instaladas en la Plaza y en el Peñón? ¿Quién
se va á meter en discusiones acerca de su
derecho, si para contestar tiene enormes
cruceros y potentes acorazados y monitores
que por su número y calidad sobran para
dar argumentos que convencen á cualquiera?

¿Por qué Francia no recupera las nunca ol-
vidadas Alsacia y Lorena, ni toma revancha
del sitio de París y del vergonzoso *débacle*
gráficamente pintado por su gran Zola?...
¿Por falta de deseos? No. ¿Por falta de razón?
Tampoco. Porque Alemania cuenta con mi-
llones de fusiles y miles de cañones que se
lo impiden.

En cuanto esta suprema razón de la fuer-
za desaparece, nada contiene la rapacidad y la
ambición de esas civilizaciones y cristianis-
mas grandes potencias.

Por esa misma razón de la fuerza y la bar-
barie imperante en los pueblos grandes, em-
porios de la ilustración y el progreso moder-
nos, los Estados Unidos de América se apro-

pianon Cuba, Filipinas y Puerto Rico, Ingle-
terra aciba de apropiarse la República del
Transvaal, y las apropiaciones que aún ven-
drán después por éstas y otras grandes po-
tencias que tienen fijas y amenazantes sus
miradas de águila y exacerbados sus apet-
tos de buitres para caer sobre otros pueblos
que no pueden oponer á sus ambiciones, apo-
yadas por las bombas de *melinita* y las ba-
las *dum dum*, otros argumentos que las in-
significantes frases *justicia, derecho y razón*.

Los intereses internacionales que hoy es-
tán en sangriento litigio en el extremo Orien-
te, pueden ser muy bien la causa que haga
desbordarse de una vez las pasiones de am-
bición y rivalidad mal contenidas hasta aho-
ra por la mítica cobardía disfrazada por la
diplomacia con la máscara de la prudencia.

Quizá de los sepulcros imperiales de la
ciudad de Pekín surja la chispa que incendie
y haga estallar el inmenso depósito de pólv-
ora acumulada en Europa. Si la cuestión de
China se agria y sigue adelante, cuando las
potencias interesadas la vengan y lleguen á
tratar del reparto, es fácil que el mundo con-
temple el horrible espectáculo de una gran
lucha de lobos hambrientos, disputándose el
festín que ofrece repugnante carroña.

¡Quién hubiera dicho á los pensadores y
filósofos de este siglo, cuyas ideas de liber-
tad, de progreso y de solidaridad humana
han acogido con ansia, como símbolos de re-
dención, las generaciones actuales, que iba á
terminar llevando los cañones y la fuerza
bruta la voz cantante de la razón!

JOSÉ CINTORA

Ironía sangrienta

Se llama *emboscarse* al acechar trai-
doramente al enemigo; y á destrozarle
cogéndole descuidado, *hacer una sor-
presa*. Apropiarse lo ajeno por fuerza,
es *vivir sobre el país, proveer á las ne-
cesidades del ejército*; exigir por fuerza
lo que la conciencia y la dignidad re-
chazan, se llama *aplicar la ley marcial*;
es *bombardear una plaza, sacrificar sin
propio riesgo á los inermes que están
en ella; y bloquearla*, matarlos de ham-
bre. La tala y la destrucción son *necesari-
dades militares*, medios de *privar de
recursos al enemigo*; acuchillar á los que
no se defienden y van huyendo, es *perse-
guir á los fugitivos*; preparar máqui-
nas y aparatos con que un hombre sin
peligro inmolara traicionadamente á cen-
tenares de hombres, es *volar una mina ó
determinar la explosión de un torpedo*;
en fin, la tierra ensangrentada donde se
cometen semejantes vilezas, se llama
campo del honor.

CONCEPCIÓN ARENAL

Niños y Mujeres

EL NIÑO DEL OBRERO Y EL NIÑO DEL BURGUES

Los niños de los burgueses por regla general
no los crían sus madres. La constitución física
de las damas suele ser bastante débil y por otra
parte las incomodidades de la lactancia son mu-
chas. Se busca una nodriza que supla la falta
de vigor de una madre, y con los pechos de una obre-
ra montañesa, robusta y sana, se satisface cum-
plidamente la primera necesidad que todos senti-
mos al venir al mundo: la de saciar el hambre.

El niño no debe llorar. Constantemente en brazos,
apenas despierta, muchas veces mientras
duerme también, tiene el pecho en la boca.

Así pasa los primeros meses, sin sufrir en lo
mínimo las contrariedades de la vida. La
madre y la nodriza, dedicadas exclusivamente al
cuidado de la criatura, son una garantía de que
no habrá de estar desatendido, de que no ha de pa-
decer molestia alguna. Apenas abre sus pequeños
labios para llorar, la teta toda se pone en co-
moción. «Que el niño llora» exclaman todos, y
desde el primero al último todos corren á im-
pedir que el niño lllore. A la nodriza, con tal de
que el niño no lllore, con tal de que el niño esté
nutrido, se le conceden preeminencias extraordi-
narias. Durante una temporada es la verdadera
ama de la casa é impone como ley hasta sus me-
nores caprichos.

Crece el pequeño en medio de mimos y de ha-
lagos. El primer diente que rompe la encía, la
primera palabra que articula, el primer paso que
da, todo es objeto de alegría y algazara en la fa-
milia.

El mayor placer de los niños son los juguetes.
Cada día tiene uno el pequeño, sin perjuicio de
que le sirvan de juguete todos los muebles de la
casa, que á veces destroza, refiriéndose luego co-
mo una gracia la hazaña del chiquitín.

El niño ya no lacta, pero no puede dejar de
tener una mujer á su servicio. A la nodriza reem-
plaza la niñera. Esta no tiene otra obligación que
cuidar de él. Lo viste, le da el desayuno y su mi-
sión durante todo el día es procurar que se dis-
traiga, que el niño no se aburra, que el niño no
padezca.

Si le aflige alguna de esas enfermedades propias
de la niñez, la familia se constituye á la cabecera
del enfermito, los médicos ponen á contribución
su ciencia, la farmacia agota sus recursos. Se
hacen esfuerzos de cuidado y de dinero para sal-
var la vida del pequeño ser.

El niño abandonó los pañales, y la madre pre-
paró un buen surtido de trajes para «acortarlo». En
invierno el niño va forrado de lana, cuando
no de pieles. Los pies, el cuello y á veces la cabe-
za, procuran sobre todo guardarlos de las inle-
mencias del tiempo. Si hace mucho frío no sale
de una habitación en la que los cristales, los co-
rtinajes y las estufas impiden llegue á él el frío del
exterior.

El alimento que se le da es nutritivo y fácil de
digerir, procurando también no cansar su paladar
con la monotonía de los guisados. El dulce no se
le prodiga para que no le haga daño, pero con
frecuencia se le otorga el placer de saborearlo,
que es uno de los mayores que se experimentan
á esa edad.

Así va creciendo sin conocer el hambre, sin co-
nocer el frío, sin gustar el acibar de la existencia.
Entre juguetes, bombones y caricias llega el mo-
mento de que ingrese en un colegio. Esta es la
primera contrariedad que sufre en la vida. No
suelen mostrar los hijos de padres acomodados
gran afición á estudiar, pero es preciso que el
niño aprenda y con más ó menos rigor se le obli-
ga á que estudie. Esta contrariedad le abre, en
cambio, grandes horizontes en la vida. Mientras
los demás son ignorantes, él aprende, y la instruc-
ción pone en sus manos recursos que luego han de
servirle de mucho en las luchas de la existencia,
asegurándole una superioridad y una preponde-
rancia sobre los demás hombres.

Vamos la otra casta.

El jornal del obrero no alcanza para pagar no-
drizas. La madre, pueda ó no pueda, ha de lactar
á su hijo. Acaso así destruya su organismo, acaso
el niño muera de anemia por insuficiente ali-
mentación. No hay otro remedio. Si llora mucho pro-
cura engañarse con el biberón. Antes de que
pueda digerir se le dan papillas, sopas ó cualquier
otro alimento, y apenas venido al mundo ya co-
mienza á experimentar los dolores del hambre.
En caso extremo se busca una nodriza que lo críe
en su casa. Los padres se ven en el triste caso de
entregar el recién nacido á manos mercenarias y,
el niño, fuera de su casa, lejos de su madre, que-
da á merced de una mujer extraña que, por buena
que sea, no experimenta hacia el cariño algu-
no; no la liga al pequeño otro vínculo que las
pocas pesetas que recibe al mes.

Lo mismo la madre que la nodriza han de aten-
der á las faenas de la casa porque no tienen cria-
dos que las suplan. El niño es imposible que esté
siempre en los brazos. La mayor parte del día lo
pasa en la cuna. Llora y se desganita, pero ¿qué
hacer? Se acostumbra á oírlo llorar y le escu-
chan impasibles.

Padeciendo hambre y anegado en llanto sufre
el hijo del obrero los primeros meses de su exis-
tencia.

Antes de que asomen los dientes, ya come de
todo. Si el estómago resiste el alimento, críase ro-
busto y sano. Si no lo resiste, sucumbe y muere.

Apenas tiene fuerzas para moverse, arrástrase
á gatitos por la habitación, porque no hay niñera
para él y la madre no puede consagrarle los cui-
dados que deseara. Sus gracias no tiene quien las
celebre. El padre ausente en el taller, la madre
distraída en sus obligaciones, no paran mientes
apenas en las monadas de su hijo. Al contrario,
la ruda que engendra la miseria mueveles á
castigar demasiado pronto las travessuras del pe-
queño, y éste, además del hambre y los llantos,
tiene que sufrir los azotes.

Ya anda el niño, y como no tiene niñera cam-
pa por sus respetos. Recorre la vecindad expoi-
niéndose á caer en una acacia si vive en el cam-
po, á ser atropellado por un carruaje si vive en
la ciudad. Sus juguetes son los guijarros de la ca-
lle, su paladar no conoce el dulce, y sus pies des-
nudos, su cabeza descubierta, su vestido que con-
siste en un guñapo, son el triste símbolo que le
anuncia las privaciones del porvenir.

Si el niño enferma, el médico, que no suele ser
ninguna lumbrera, le hace una visita al día cuan-
do más, el boticario le suministra las peores mé-
dicinas, los padres no pueden velar constantemente
al lado de su cuna, con su carencia de in-
strucción no es fácil que secunden bien los es-
fuerzos del facultativo. Frecuentemente es some-
tido el enfermito á las torturas de algún medica-
mento casero suministrado por cualquier charla-
tán, y todos los años miles y miles de niños de
obreros pagan su contribución á la muerte, li-
brándose así de una vida penosísima é ingrata.

El niño estorba en casa, hay que llevarlo á la
escuela. Como el maestro no recibe emolumento
alguno de los padres, no se desvía porque el niño
aprenda; y cuando apenas sabe deletrear, los pa-
dres calculan que es muy bueno que el chico se-
pa; pero como el jornal de ellos no basta para
alimentar á la familia, y el hambre se cierne so-
bre el hogar, antes que nada es comer, y á fin de
que ayude á ganar la comida, lo envían al taller
ó lo dedican á faenas sencillas compatibles con
su edad.

En los muelles, ennegrecidos por el polvo del
carbón mineral que transportan, en los campos,
tostados por el sol ayudando en la trilla, en los
caminos cubiertos de polvo recogiendo estiércol,
en los talleres, anémicos y flacuchos; sirviendo de
criados á los adultos, encontraréis millones de
niños que aún no han llegado á la pubertad y
podían contaros una historia de lágrimas, de
hambre y de tristeza que asusta.

Con el estómago vacío de pan y la inteligencia
limpia de ideas; es lanzado el niño obrero á la co-
rriente de la vida.

LA OPINION

La sien ardiendo, turbia la mirada,
teñido el rostro de rubor sangriento,
la espléndida melena suelta al viento,
la vestidura al seno desgarrada,
ella me ciña en lúbrica lazada,
trémulo el cuerpo, el labio macilento,
con honda sed bebiéndome el aliento
en su boca mi boca aprisionada.

¡Oh visión que mis sueños envenenó!
¿quién eres, di, mujer, deidad ó harpía
que en lava de volcán hinchas mis venas?

—Soy la opinión, tu esclava y tu tirana;
tu dama desdeñosa sólo un día;
otro soy tu rendida barragana.

ANTONIO DE LOS RIOS Y ROSAS

SUEÑOS DE GLORIA

Todavía no sabía yo leer, llevaba mame-
luco, y lloraba cuando mi aya me limpiaba
la nariz, y ya me sentía devorado por el
amor á la gloria. En la edad más tierna ali-
mentaba ya el deseo de hacermela ilustre sin
pérdida de tiempo, y de llamar la atención
general.

Buscaba los medios para ello á la vez que
colocaba mis soldados de plomo sobre la
mesa del comedor. Si hubiera podido habría
ido á conquistar la inmortalidad en los cam-
pos de batalla, y hubiera llegado á ser como
uno de aquellos generales que agitaba entre
mis manos, y á quienes dispensaba los hono-
res del triunfo sobre una mesa. Pero no con-
sistía en mí el tener un caballo, un uniforme,
un regimiento y enemigos, cosas todas esen-
ciales á la vida militar.

Pensé entonces en ser santo. Esto exige
menos aparatos y produce mayores alegrías.
Mi madre era piadosa. Su piedad sería y ama-
ble, como ella, me conmovía mucho. Me leía

¿menudo la *Vida de los santos*, que yo escuchaba con delicia, y que inundaba mi alma de sorpresa y amor. Yo sabía, pues, cómo los elegidos de Dios se las arreglaban para hacer méritos en su vida hermosa; sabía que celeste olor esparcían las palmas de los mártires; pero el martirio no era el fin que yo me proponía. Tampoco pensaba en el apostolado y la predicación, que no estaban a mi alcance. Así, pues, me atuve a las penitencias y austeridades como el camino más fácil y seguro.

Para abandonarme a ellas sin pérdida de tiempo, rehusé almorzar. Mi madre, que no sabía una palabra de mi nueva vocación, me creyó enfermo y me miró con una inquietud que me dió lástima; pero no dejó por eso de ayunar. Después, acordándose de San Simeón Estilita, que vivió sobre una columna, me subí a la fuente de la cocina; pero no pude vivir sobre ella, porque Julia, nuestra criada, me obligó muy pronto a desalojarla. Después de haber bajado de la fuente, me lancé arduosamente al camino de la perfección, y resolví imitar a San Nicolás de Patrás, que distribuyó sus riquezas entre los pobres.

La ventana de la alcoba del doctor Nozière, mi padre, daba a la calle, y por ella arrojé una docena de céntimos que me habían dado porque eran nuevos y brillaban; y después mis bolas y mis trompos. —¿Qué estúpido es este niño!— exclamó mi padre cerrando la ventana.

Tuve un arranque de cólera, y quedé luego avergonzado al oír que me juzgaba así. Pero consideré que mi padre no era santo, como yo, y no participaría, por lo tanto, de la gloria de los bienaventurados en mi compañía. Este pensamiento me sirvió de gran consuelo.

A la hora de paseo me pusieron mi sombrero: yo le quité las plumas, imitando al beato Lobre, que, cuando le daban una gorra vieja y llena de grasa, se cuidaba de ensuciársela en el fango antes de ponérsela.

Mi madre, al saber la aventura de las riquezas y la del sombrero, se encogió de hombros y lanzó un gran suspiro. Yo la hacía sufrir mucho.

Durante el paseo mantuve la vista baja para no distraerme con los objetos exteriores, conformándome así con un precepto repetido en la *Vida de los santos*.

Al regresar de este saludable paseo, y para completar mi santidad, me hice un cilicio rellenándolo de la capada con las crines de una silla vieja, y experimenté en ello nuevas tribulaciones, porque Julia me sorprendió cuando imitaba yo así a los hijos de San Francisco. Y fijándose únicamente en las aparencias sin descender al fondo, vió que yo había roto una silla, y fué tan tonta que me dió un par de azotes.

Reflexionando en los penosos incidentes de este día, reconocí lo difícil que es practicar la santidad en el hogar doméstico, y a la vez por qué los Santos Antonio y Jerónimo se habían retirado al desierto entre leones y matadores. Resolví retirarme a una ermita desde el día siguiente. Escogí para ocultarme el Jardín Botánico. Allí era donde yo quería vivir entregado a la contemplación, vestido como San Pablo el Ermitaño, con hojas de palmera. Yo suponía que había en el Jardín raíces que pudieran servirme de alimento. Y me decía:

«Allí se descubre una cabana en la cima de un monte; allí estaré en medio de todos los animales de la creación. El león que abrió con sus uñas la tumba de Santa María Egipcíaca vendrá, sin duda, a buscarme para tributar los honores de la sepultura a algún solitario de las cercanías. Veré, como San Antonio, al hombre de los pies de macho cabrío y al caballo con busto de hombre. Y quizá los ángeles me elevarán por los aires al compás de sus cánticos.»

Mi resolución parecerá menos extraña cuando se sepa que hacía mucho tiempo que el Jardín Botánico era para mí un lugar santo, muy parecido al Paraíso terrenal que veía dibujado en la estampa de mi vieja Biblia. Mi aya me llevaba allí a menudo, haciéndome experimentar una santa alegría.

El mismo cielo me parecía allí más espiritual y puro que en otra parte; y en las nubes que pasaban por encima de la jaula de los guacamayos, de la del tigre, de la foca, del oso y de la casa del elefante, veía confusamente al Padre Eterno con su blanca barba y vestido azul, extendiendo el brazo para bendecirme en unión del antílope y la gacela, el conejo y la paloma; y cuando me sentaba a la sombra del cedro del Líbano, veía bajar sobre mi cabeza, al través de las ramas, los rayos que Dios dejaba escapar de sus dedos.

Los animales que comían en mi mano mirándome con dulzura, me recordaban lo que mi madre me contaba de Adán y de los tlempes de la primitiva inocencia.

La creación, reunida allí como en otros tiempos en el arca de Noé, se reflejaba en mis ojos, adornada de infantil gracia. Y nada me disgustaba de aquel Paraíso.

No me asombraba ver allí criadas, militares y vendedores de cocos; por el contrario, me sentía feliz entre aquella humilde gente, yo, el más humilde de todos. Todo me parecía claro, amable y bueno, porque, con candor soberano, lo refería todo a mi ideal de niño.

Me quedé dormido con la resolución de ir a vivir en medio de aquel jardín, para adquirir méritos e igualarme con los grandes santos cuya poética historia recordaba.

Al otro día muy temprano permanecía aún firme en mi resolución. Se lo dije a mi madre y se echó a reír.

—¿Quién te ha imbuido la idea de hacerte ermitaño en el laberinto del Jardín Botánico? —me preguntó riéndose al mismo tiempo que me peinaba.

—Yo quiero ser célebre—le respondí—y

estampar en mis tarjetas: «Ermitaño y santo del calendario», como papá pone en las suyas: «Miembro de la Academia de Medicina y de la Sociedad de Antropología».

Al oír esto, mi madre dejó caer el peine que pasaba por mis cabellos.

—¡Pedrol!—exclamó, —¡Pedrol! ¿Qué locura y qué pecado! ¿Qué desgraciada soy! Mi hijo ha perdido el juicio a la edad en que aún no se posee.—Y dirigiéndose a mi padre.—Ya has oído; no tiene más que seis años, ¡y ya quiere ser célebre!

—Amiga mía—replicó mi padre—verás cómo a los veinte años pensará todo lo contrario.

—¡Dios lo quiera!—dijo mi madre;—no me gustan los vanidosos.

Dios lo ha querido, y mi padre no se engañaba. Como el rey de Ivetot, vivo perfectamente sin la gloria, y no me queda el menor deseo de grabar mi nombre en la memoria de la humanidad.

ANATOLIO FRANCE

CURIOSIDADES

Cuando murió Ayala se encontraron entre sus papeles planes y bosquejos de obras dramáticas no escritas.

En algunos de sus apuntes se proponía ser activo, mas no lo conseguía nunca. Dominado por una invencible pereza, apuraba el ingenio en convencerse a sí mismo de que debía trabajar; y ya que no lo conseguía, se apresuraba a estampar en el papel la prueba de su falta de entereza para que en lo sucesivo pudiera servirle de escarmiento. Estos versos lo prueban:

LA SEMANA QUE VIENE...

DE LOS HOLGAZANES

Lunes que a rienda tendida, vas del martes empujado, cuántas veces te he fiado la corrección de mi vida! ¡Te vas! ¡La dejás amida en dudas desgarradoras! Pero, al fin, algo mejoras mi condición, pues hoy siento más vivo el remordimiento de haber perdido tus horas.

Para disculpar en parte su pereza, escribió esta décima preciosa:

LA PLUMA

¡Pluma!, cuando considero los agravios y mercedes, el mal y bien que tú puedes causar en el mundo entero, que un rasgo tuyo severo puede matar a un tirano, y que otro, torpe ó liviano, manchar puede un alma pura, me estremezco de pavora al alargarte la mano.

En una carpeta donde había escrito: *Caracteres, rasgos y situaciones, tomadas del natural que pueden servirme para distintos usos*, se encontraron los apuntes siguientes:

«Los maridos de buen tono suelen contar a sus mujeres todos sus amores pasados, franqueza que procede de la vanidad más que del arrepentimiento.

Elas son más modestas.»

«El que siempre habla de broma es un ente insostenible y en el fondo egoísta, indiferente y malvado. Hago todo lo posible para no ser hombre, suprimiendo la severidad de la razón. Es un tipo nuevo en la escena y verdadero en el mundo.»

«Conozco a dos viejos que se aborrecen, y que no pueden, sin embargo, dejar de tratarse.—Todos los días pasean juntos.—O callan, o riñen.»

«Ya no hay diferencia de clases: las bajas son remedo de las altas.—Puede ser muy cómico el contraste de los defectos de la imitación.—Un cuadro en que procuran todos imitarse unos a otros, sería muy teatral.»

MEJOR QUE EN LAS NOVELAS

Un marqués (a quien he tratado) tuvo que ausentarse de su ciudad natal, por cuestiones políticas.

Enamoróse en el pueblo adonde se refugió de la mujer del médico, que era muy hermosa, y fué correspondido.

El médico lo supo y logró sorprenderlos.

El marqués pudo huir, pero a ella la hirió de un pistoletazo el agraviado esposo, y disparándose otro en seguida en el corazón, quedó muerto en su presencia.

La adúltera sanó, y hoy, casada con su antiguo amante, es la marquesa de...

Al principio, la alta sociedad resistió su trato... ¡Hoy ya, como si tal cosa!

EQUIDAD

¿Por qué no rezas por el alma de tu marido? ¿Le conservas aún rencor?

—No, señora. Pero, si está en el cielo, mis oraciones no le tirven de nada; si en el infierno, de allí no han de sacarle; y si en el purgatorio, ¡ahí es donde yo le quiero!

RETRATO MORAL

Viendo uno en casa de Federico de Madrid el retrato de..., exclamó:

—¡Qué parecido tan grande! ¡Si está robando!

Y no quiero acabar, sin copiar aquí este retrato que hizo de un gran poeta:

CAMPOAMOR

Tu bondad, tu trato ameno, tu faz, tu ingenio florido, Campoamor, soy un veneno; pues, siendo tan descreído, no debieras ser tan bueno.

Hoy, con tu ejemplo se ve más válida la opinión de que es fácil que se dé, la moral sin religión, y la conciencia sin fe.

¡Hombre, no inspires amor! Te lo ruego por Dios vivo... hazte malo, por favor, ¡pues no serás tan nocivo... en siendo un poco peor!

Creo que mis lectores habrán saboreado con gusto estos apuntes del poeta que, sin su pereza y el tiempo que le robó la política, (donde no hizo un papel muy airoso), habría dejado una labor literaria tan grande como hermosa.

INTERVIEW

EL REPORTER.—Veinticinco años, pálido, rubio, gabán: una mezcla de gomo viajante de comercio y hortera de sedería.

EL INTERROGADO.—Tabernero, grueso, rechoncho. Cuarenta y cinco años.

(La escena en la taberna.)

EL REPORTER

¿El señor Chapuzot?

EL INTERROGADO

Para servir a usted.

EL REPORTER

Bien, gracias... (Lo examina con atención solemne.) Si, eso es... (Toma notas en la cartera.)

EL INTERROGADO

¿A quién tengo el honor de...?

EL REPORTER

Al reporter jefe del Movimiento...

EL INTERROGADO

¿El... qué?

EL REPORTER

...porter jefe del Movimiento. ¿No conoce usted el Movimiento? (Se encoge de hombros.) Pero no importa: tengo prisa. Llaga usted el favor de contestarme... Ahí: todo, deme una copa.

EL INTERROGADO

Va en seguida. (Le sirve.)

EL REPORTER (Se sienta ante una mesa y se prepara a escribir.)

¿Usted es tabernero?

EL INTERROGADO (que toma por testigo la escena). Me parece que sí.

EL REPORTER

¿Perro oficial... Pero, en fin, allí usted... Vamos, ¿usted vive en mala inteligencia con su mujer?

EL INTERROGADO (Confuso.)

¿Con mi mujer? ¿Pero si no soy casado!

EL REPORTER

Es lo mismo... ¿Con su querida?

EL INTERROGADO

¿Pero si tampoco tengo querida!

EL REPORTER

Ni mujer ni querida... ¡Bah! A mí no me la da usted. Yo conozco ese sistema. Yo la conozco todo. Pero es inútil eso contra mí. ¿Su mujer de usted lo engaña?... ¿Usted la engaña a ella? ¿Quién engaña a quién?

EL INTERROGADO

Pero si ya he dicho a usted que...

EL REPORTER

¡Sí, sí! ¿Quiere usted echárselas de pillín; pero eso no sirve con la prensa. ¿A la prensa nadie le engaña! ¿No pretenda usted burlarse de ella! Yo soy la prensa, la gran fuerza moderna que denuncia, juzga y condena... Otra copa.

EL INTERROGADO

Va en seguida... (Sirve una segunda copa.)

EL REPORTER

La prensa es todo, la policía, la justicia, la conciencia universal... Conteste usted. ¿Por qué arrojó usted una botella de licor a la cabeza de su mujer?

EL INTERROGADO

Pero ¡caramba! si ya digo a usted que...

EL REPORTER (sin hacer caso de esas negativas)

¿Cuál fué el móvil de ese acto de brutalidad? ¿Ha sido una vulgar venganza? ¿Un estallido de ira irreflexiva? ¿Estamos ante un caso pasional? ¿Es el efecto de un atavismo? ¿Cuántos asesinos ha habido en la familia de usted? ¿No contesta usted nada?

EL INTERROGADO (rascándose la cabeza.)

Pero ¡caramba! si he dicho a usted...

EL REPORTER

Otra cosa. ¿Ha habido premeditación al elegir una botella de licor? ¿Por qué de licor y no de vino? En fin, Chapuzot, lo que yo quiero de usted es que con el relato completo de su crimen, con el análisis exacto de las particulares circunstancias, íntimas, conyugales ó sociales que le han precedido, me dé usted elementos sobre los cuales pueda yo establecer la psicología del delito...

EL INTERROGADO

Pero...

EL REPORTER

¿Es usted impulsivo, sensual, degenerado, neurasténico, místico, decadente, dilettante de la cruji? ¿Qué es usted?

EL INTERROGADO

¿Pero, hombre! Ya se lo he dicho a usted. Soy tabernero, no estoy casado y no entiendo nada de lo que usted dice.

EL REPORTER (con serenidad.)

Insiste usted en negar, en burlarse de la Prensa. Bien está... Voy a confundirlo a usted... (Saca del bolsillo el «Petit Journal»)... Otra copa.

EL INTERROGADO

Va en seguida... (Y le sirve.)

EL REPORTER

Aquí tiene usted lo que dice el «Petit Journal»: «A consecuencia de un altercado, cuya causa permanece en el misterio, un tal Chapuzot, tabernero en Montrouge...»

EL INTERROGADO (con viveza.)

¿Lo ve usted? Ahí dice de Montrouge, y yo soy de Montmartre

EL REPORTER

¿Se llama usted Chapuzot?

EL INTERROGADO

Sí.

EL REPORTER

¿Es usted tabernero?

EL INTERROGADO

Sí.

EL REPORTER

Pues entonces ¿qué importa que sea usted de Montrouge ó de Montmartre? Esos detalles no le importan a la prensa, porque no interesan.

EL INTERROGADO

Pero me parece...

EL REPORTER

En resumen, que usted insiste en no contestar a mis preguntas... Ya verá usted lo que le cuesta burlarse de la prensa, de la gran palanca de la prensa... Le serviré a usted, le deshonraré, diré que es usted incestuoso, infanticida...

EL INTERROGADO (aturdido.)

¡Esto es demasiado!

EL REPORTER

¿Dónde está su mujer de usted? ¿Puedo verla?

EL INTERROGADO

¡Pero si no tengo mujer!...

EL REPORTER

¿No tiene usted mujer, y le tira a la cabeza una botella de licor!... Vaya, sea usted lógico si quiere...

EL INTERROGADO (loco)

¡Caramba, caramba, caramba!...

EL REPORTER (con énfasis)

Vamos. Tenga usted su mujer... Es preciso que la vea, que le pregunte, que estudie su psicología, que averigüe el principio de su atavismo. ¿Cómo es? ¿Rubia? ¿Blondina?... (Silencio) ¿Tiene pasiones húmedas? ¿Es viriosa? ¿Ha abortado por fuerza muchas veces?... (Silencio). Veo que persiste usted en el silencio. Hablemos de otros temas: de música, de arte, de literatura, de derecho, de sociología... (Silencio). ¿Tampoco responde usted? Vaya, veo que es propósito deliberado... Ya le pesará a usted... Venga otra copa.

EL INTERROGADO

Va, va... (Y la sirve.)

EL REPORTER (apurando el último sorbo).

Me marchó... Voy a interrogar a sus vecinos de usted y a los vecinos de sus vecinos... Ya sabe usted que los vecinos de nuestros vecinos son nuestros vecinos... Adiós. (Se dirige hacia la puerta.)

EL TABERNERO (llamándole.)

¡Ehl! ¡Oiga usted! ¡Venga acá!

EL REPORTER

Ya es tarde. Tengo mucho que hacer... Ahora quiere usted hablar... No puede ser... Lo hubiese usted hecho antes.

EL INTERROGADO

Pero si no se trata de eso... Es que me debe usted cuatro copas...

EL REPORTER (solemne y altanero.)

¡La prensa nunca debe nada!

(Y se va.)

OCTAVIO MIRABEAU

La cuestión eterna

CHINA Y LAS POTENCIAS

Mientras el mundo exista y la humanidad no desaparezca de su superficie, siempre será cuestión eterna la ley del más fuerte, desde muy antiguo significada en el adagio popular que dice que «el pez grande se come al chico» y modernamente con las célebres frases de Bismark y Salisbury, representantes de dos tiranías hipocritamente disfrazadas de liberalismo.

Los que siendo representantes del progreso material adoptan como medio de difundir la civilización el cañón y la pólvora, y los que, siendo también del adelanto intelectual, practican como más eficaz este medio, ¡qué se cubren rastroteramente con la máscara del humanitarismo y la filantropía para imponer la civilización con el poder de su armamento y a la sombra de la sangre humeante que embota las inteligencias! ¿No sería más honrado presentarse al descubierta, pedirles a los débiles lo que de ellos se quiere, y, caso de no darlo, mostrándoles el aspecto imponente y terrorífico de las escuadras y ejércitos reunidos, decirles sin rodeos: «la bolsa ó la vida»... ó las dos cosas a la vez?

Recientes están las declaraciones del viejo estadista chino Li Hung Tchang, las cuales entraban suma importancia, no tanto por la elevada posición política del que las ha hecho, cuanto por ser él muy transigente con la civilización europea. No negaremos que el carácter indolente de los chinos es un obstáculo para que el progreso de la humanidad se verifique; pero sea cual fuere el inconveniente que ese pueblo asiático pueda ofrecer, en nombre de qué, ni con qué derecho van las potencias a robarle (esta es la palabra por fuerte que parece) lo que es tan legítimamente suyo como Europa de los europeos, América de los americanos y Japón de los japoneses?

Porque, como dice muy bien el excanciller del Celeste Imperio: «si nuestros sacerdotes hubieran ido a Europa a enseñar nuestra religión, que es tan respetable como la suya, ¡qué hubieran hecho con ellos!» Si se quiere civilizarlos en nombre de las religiones cristianas, no se comprende que es tan fanático el pueblo que practica una religión pagana, sensual, (asquerosa y horrible si se quiere), como el emperador, rey ó presidente de República que hace sus prácticas religiosas, obliga a sus ejércitos a que las hagan, y desde allí los manda a asesinar y desbarbar a una nación en nombre del progreso!

Tremendo es el conflicto. Las naciones, temerosas a la par que sedientas de rapina y conquista, preparáanse a cometer una de las grandes infamias que registra la historia de la humanidad. El mundo entero contempla admirado, a la vez que sobrecogido, un espectáculo que pudiera ser origen de un salto ó retroceso a la edad de piedra; pues si los chinos, aun con su escaso armamento anticuado, lograsen salir vencedores por su número excesivo, en uso de justas represalias invadirían territorios enemigos llevando la desolación y el exterminio.

nio, pues no otra cosa puede esperarse de un pueblo sin civilizar a la europea.

Si las grandes potencias, después que se hayan determinado a una acción común, se desavienen por quererse llevar cada una la parte del león, puede ocurrir, mejor dicho, ocurrirá un cataclismo horrible.

Y de todos modos, suceda lo que quiera, quedará patentizado que las palabras de ese flántropo y humanitario autócrata que se llama Czar son una mentira, y que en ellas no hay más que la mala intención del ladrón que quiere robar sin competencia deshaciéndose a traición de sus rivales; que Inglaterra lucha con la rabia que le produce el ver descubierta la falsedad de su inmenso poderío; y que Francia, Alemania y demás naciones que llevan sus armas a China, tienen un miedo cerval y tal desconfianza unas de otras, que no se atreven a lanzar la china.

¡Cobardes! ¿Dónde están los honrados sentimientos de su civilización y de sus religiones, y dónde el valor que caracteriza a las razas viriles que pelean por un ideal, por su independencia?

Al ver las injusticias que en este final de siglo se están cometiendo por las naciones poderosas en nombre de la civilización, ayer con España y hoy con el Transvaal y mañana tal vez con China, se entra en deseos de que el inmenso imperio asiático diese una lección dura a todos esos matones que no se atreven a pelear entre sí, pero que se unen unas veces en espíritu y otras en verdad, para caer sobre las naciones débiles ó indefensas.

PLACIDO ARROYO

EL PADRE

(DE COPPÉE.)

Siempre borracho entraba, siempre altivo, y sin ningún motivo, puñetazos le daba a su querida. Dura cadena ató sus corazones, y unió los eslabones la miseria en el fango de la vida.

Por no dormir en noches tenebrosas sobre las frías losas, aceptó la infeliz tal compañía. Ella malhumorada, él displicente, la riña era frecuente, y él al fin a puñadas la rendía.

El vecindario despertaba todo al llegar el beodo a su tabuco, de bebidas harto. La vieja puerta abría a empellones... Se oían maldiciones... Después quedaba silencio el cuarto.

El invierno arreciaba. Un triste día en que lenta caía a los techos la nieve como un manto, un hijo les nació. Y esa inocente inmaculada frente, no tuvo más bautismo que el del llanto.

A la siguiente noche, el rostro duro, á tientas por el muro, llegó a la puerta de su hogar el padre: Detúvose de pronto el inhumano, pero no alzó la mano... La respetó el borracho... ¡Ya era madre!

Al ver extraviada su pupila y que duda y vacila y a

guardiente y le había de todos los calibres. Los ingenieros habían llegado de Jerez, y los vinos de pasto constituían las armas generales. El vino de Pepsina y todos los que se venden en botica eran la brigada sanitaria; y la de obreros era la cerveza que así servía de refresco en el aparador como de bebida en la taberna.

El general montado en su pellejo galopaba orgulloso ante aquellas interminables hileras de botellas, relucientes las de la última quinta, las veteranas empolvadas, y que todas, al chispear heridas por el sol, parecían que le guiñaban los ojos con carinos. A su paso sonaban las charangas de vasos y de copas.

El día estaba caluroso y el general tenía sed: detuvo su pellejo, se aproximó á las filas y descorrió cuatro soldados.

—¿Qué va á hacer V. E.?—preguntó alarmado el jefe de Estado Mayor, que era un tonel de amontillado.

—Bérmelos ahora mismo.

—Las ordenanzas los prohiben.

—¿Yo me bebo estos soldados, y á usted y á todo el ejército si quiero!

—Eso se verá.

—¿Cómo que se verá?... ¡Ahora mismo! Un consejo verbal de botellas y que le abran á este jefe una espita en el vientre.

—¿De botellas! A mí sólo puede juzgar-me un consejo de tonelas.

Y apenas habló así se produjo en las tropas una confusión extraordinaria y sonaron algunos taponazos.

—¿Qué es eso!—preguntó alarmado el general.

—Que se ha sublevado el Jerez espumoso y hace fuego.

—Desmonte V. E.—dijo un oficial—que está herido ese cuero y se desangra.

—Bueno; pues moriré bebiéndome el caballo.

—¡Huya V. E!—exclamó un ayudante que venía á escape sudando Ojén.—Todo el ejército se ha pronunciado y llueven botellazos.

—¿Hay camino franco!

—Uno sólo: arrojarle al pilón de la Cibeles.

—¡Jamás!

El aire se llenó de botellas que reventaban como bombas; y sonó un formidable estrépito de vidrios como si se desmoronase un palacio de cristal, y se oyeron por todas partes estos gritos:

—¡Que pague el general los vidrios rotos!

A la idea de aquel gasto, el general se arrojó de cabeza en el pilón de la fuente.

Y al despertar, el agua le llegaba al cuello: había caído en el pilón de la Cibeles.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON

Crónica de actualidad

EL CALOR

El calor. No puede haber en estos meses cuestión de más oportunidad. Bien puede asegurarse, sin forzar mucho la metáfora, que es cuestión que está sobre el tapete, sin perjuicio de derramarse en lluvia de fuego por calles y por plazas, por campos y por montes, calcinando piedras, caldeando aguas corrientes, inflando la sangre y la savia, y empujando hacia los 50 grados todos los termómetros.

En rigor, al que sufre altas temperaturas no le importa mucho saber lo que el calor sea, si es persona que sólo vive de los sentidos, que con ellos se estreche de placer ó con ellos se retuerce de dolor; pero al que viva con la vida intelectual y sienta nobles aspiraciones, y á sus impulsos busque la razón y el por qué y el cómo de las cosas, á ese no le disgustará saber lo que es el calor, ó, por lo menos, conocer las hipótesis que se han forjado para explicar este universal orden de fenómenos.

En los tiempos de la Escolástica y en los que heredaron sus tendencias, la explicación de cualquier fenómeno natural era bien fácil. En inventando una entidad que lo representase, una especie de *Dios* de la metafísica, no más firme ni más verdadero que cualquiera de los dioses del Olimpo pagano, la dificultad quedaba zanjada y el problema quedaba resuelto.

Con las entidades metafísicas por un lado y con las cualidades ocultas por otro, no había fenómeno, por difícil que fuese, que no quedara explicado por modo perfecto.

Los fenómenos de la luz, por el fluido luminoso y por su propiedad de brillar.

Los fenómenos del calor, por el fluido calórico y su cualidad intrínseca de calentar los cuerpos.

Por el fluido eléctrico, todos los fenómenos de la electricidad.

Y si el opio hacía dormir, era por su propiedad dormitiva ó *dormilona*.

No hay misterio que no se explique, ó que no se haya explicado de este modo. Los astros corren por el espacio, porque unos ángeles invisibles van tirando de ellos por manera más ó menos poética; pero en el fondo, como van tirando los caballos de punto de los coches de alquiler. Y en dando vida, intención y potencias ocultas á todos los objetos de la Naturaleza, los hechos más complicados se reducen á hechos bien sencillos: el imán atrae al hierro, por no sé qué oculto linaje de *pasión amorosa*, y el agua sube en los tubos de las bombas porque la Naturaleza tiene horror al vacío.

El mundo pagano pobló la Naturaleza de dioses y la antigua Física pobló también de otra caterva de dioses menores todos los fenómenos del Universo. Los primeros eran dioses holgazanes y vanidosos; los segundos eran dioses trabajadores, aunque tampoco eran modestos, y unos y otros, ante la ciencia moderna, se han desvanecido, como se desvanecen la neblina de ondulantes plegues y caprichosos contornos al herirla los primeros rayos del sol naciente.

No quiere esto decir, que la ciencia moderna no forme multitud de hipótesis, unas racionales y diariamente comprobadas por el método experimental, otras más ó menos aventuradas, pero todas ellas inspiradas por la ciencia positiva.

Así, por ejemplo, y viniendo al objeto de este artículo, al buscar una hipótesis que explique el calor, no se pretende penetrar en la esencia de las cosas, ni llegar al germen de los seres, ni explicar los recónditos misterios del Cosmos. La

ciencia limita sus ambiciones y formula el problema de esta manera: ¿los fenómenos del calor, no podrán explicarse por otros fenómenos de los que estamos acostumbrados á ver diariamente, de los que nuestros sentidos perciben ó por la vista, ó por el oído, ó por el tacto, de los que, en fin, los hombres de ciencia miden y pesan y reducen á número?

¿Será el calor un fenómeno nuevo y sin ejemplo ni término semejante, como no busque la semejanza en sí mismo, ó será un fenómeno complejo, pero reducible, en descomponiéndolo, á otros fenómenos y hechos conocidos?

La opinión de casi todos los físicos, empezando por el ilustre Tindall, es esta última.

El calor y los fenómenos que engendra no son de un género especial, sino que, bien al contrario, se reducen á fenómenos que todo el mundo conoce, mejor dicho, á uno sólo: el movimiento.

Porque digámoslo de una vez; el calor, según la hipótesis moderna, generalmente admitida, no es más que la vibración rapidísima de las partículas que constituyen cada cuerpo.

Cuando la vibración es muy rápida, se dice que el cuerpo está á alta temperatura. Cuando la vibración disminuye, el cuerpo se enfía. Cuando es relativamente pequeña, el cuerpo en cuestión está muy frío. Y si las partículas quedaran inmóviles, ó poco menos, habríamos llegado al verdadero cero del termómetro, que está muy debajo del cero aparente.

Un cuerpo está á mayor temperatura que otro, cuando esta vibración interna es mayor en el primero que en el segundo, y la tendencia á equilibrar sus temperaturas, no es más que la tendencia á equilibrar sus movimientos vibratorios.

Supongamos dos estancos ó dos lagos, separados por una larga compuerta. En el uno, pasó sobre sus aguas una poderosa ráfaga de viento y levantó un violento oleaje. En el segundo, apenas tocó el huracán y el oleaje es pequeño. Pues cuando se levante la compuerta y se pongan en comunicación los dos estancos, el mayor oleaje pasará á las aguas del oleaje más débil, buscando, por decirlo de este modo, un equilibrio de agitación, que los dos vibren del mismo modo, que no haya acción del uno sobre el otro, que en éste y en aquél las olas tengan la misma altura.

El ejemplo que precede es un símbolo perfecto, dada la hipótesis que hemos aceptado, de lo que sucede cuando un cuerpo caliente se pone en comunicación con un cuerpo á menor temperatura que la suya. Pasar calor del uno al otro no es más que pasar un movimiento vibratorio violentísimo á donde reina otro movimiento más débil.

Cuando un áscua cae sobre mi mano, la sensación será la que fuere, que este mundo de las sensaciones es más complicado que el mundo de la Física, porque en aquél aparece un fenómeno nuevo, misterioso y sublime, la conciencia; pero en cuanto al hecho material del áscua que quema la piel, su explicación no es otra que la que hemos dado hace un momento con el ejemplo de los dos estancos.

El áscua es el estanco de poderosa vibración: pasó sobre él el huracán de las llamas en el hogar de donde se extrajo. Todas las partículas del áscua vibran con vibración enorme, vibración tan grande que se hace visible en forma de luz. En cambio, mi mano es el estanco del oleaje relativamente débil y la consecuencia es la misma que antes apuntábamos: la agitación, el movimiento vibratorio, el oleaje de fuego del áscua, invade con tempestuosas olas la mano en que ha caído, cuya piel no puede resistir la tremenda vibración y pronto se desorganiza y se destruye, como las olas del Océano destruyen la esollera de un muelle en los asaltos de sus titánicos furios.

Esta teoría del calórico por el movimiento vibratorio de las partículas de los cuerpos, explica del modo más natural todos los fenómenos de esta rama de la Física, así la fuerza expansiva de los gases, como la formación de los vapores, como la dilatación de los cuerpos, y ha dado origen á toda una ciencia, la *Termodinámica*, por más que muchos escritores ilustres la consintieran como ciencia puramente experimental é independiente de cualquier hipótesis sobre la naturaleza del calor; pero aún así y todo, no puede negarse que esta nueva rama científica está impregnada de la teoría que vamos exponiendo.

El calor dilata los cuerpos, hemos dicho, y no creemos que á nadie le quepa duda sobre esta verdad en los meses de verano, que van corriendo ó que van sudando.

Pues bien, este fenómeno vulgarísimo se explica, dentro de nuestra hipótesis, de la manera más sencilla. Puede decirse que se está viendo materialmente, cómo y por qué todo aumento de calórico trae consigo una dilatación necesaria.

Presentemos un ejemplo que haga comprender nuestra idea.

Imaginemos en una llanura una masa apiñada de gente, por cuyo contorno corra una especie de cinturón de goma elástica, que impida á la muchedumbre desparramarse en todos sentidos.

Supongamos ahora que en esta masa de gente estalla de pronto una gran agitación, que luchan, que se empujan, que vibran, procurando cada individuo con sus movimientos convulsivos alejar de sí á los demás y ganar mayor espacio libre para sus giros, saltos y sacudidas. ¿No es evidente, que esta agitación interna se irá transmitiendo al contorno? ¿que la muchedumbre se extenderá por mayor espacio? ¿que el cinturón elástico tendrá que estirarse, y que, en suma, aquella masa humana se dilatará ocupando mayor y mayor superficie, cuanto más crezca y crezca su agitación?

Pues esto mismo le sucederá á todo cuerpo cuya temperatura aumente, es decir, cuyo calor crezca, porque al fin y al cabo todo cuerpo es muchedumbre de moléculas. A mayor agitación interna, mayor ensanche; ensanche contenido tan sólo por las fuerzas de cohesión y por la presión exterior, simbolizada en nuestro ejemplo por el cinturón elástico que marcaba el contorno del genio.

Más aún: la agitación de la masa humana puede ser tan grande, que rompa el cinturón que la estrechaba, y en este caso todos los individuos de aquella aglomeración saldrán disparados, y valga la palabra, en la extensión de la llanura; ni más ni menos que un líquido se reduce á vapor, cuando la temperatura es tan elevada que rompe todos los lazos moleculares que sujetaban unas partículas á otras.

Y no son más los vapores y los gases; conjunto de moléculas que corren aisladas é individuales por el espacio, como los individuos de nuestro ejemplo por la llanura.

Así pudiéramos seguir paso á paso el estudio de todos los fenómenos ó apariencias del calor y veríamos cómo todos ellos se explican admirablemente por las leyes del movimiento.

Pero ¿á qué fatigar á nuestros lectores? Calor ya tendrán bastante, sin necesidad de leer este artículo, que por lo demás, mucho me temo que ha de parecerles; más que artículo interesante y caliente, mezcla frigorífica para el interés y curiosidad del que sienta curiosidad é interés por estas áridas lucubraciones.

EL MOTIN

De todas maneras, sabiendo ya lo que es el calórico, y que sólo se trata de la vibración interna de los cuerpos, yo creo que podrán sufrir con más resignación los calores caniculares; para lo cual el medio es bien sencillo. No tienen más que repetir con resignación filosófica, y si les es posible con cierta elevación científica, esta fórmula: «¿Qué demonio, yo creía que esto que me molestaba era el calor, el vulgarísimo calor de Julio y Agosto, y después de todo, no hay tal calor; lo único que hay es una vibración molecular más ó menos rápida del aire en que respiro y de los cuerpos que me rodean!»

Desde el momento en que el calor no es el calor clásico de los siglos ignorantisimos que nos han precedido, sino un mero movimiento vibratorio de la materia, el calórico ha perdido, al rasgarse el velo misterioso que lo envolvía, toda su fuerza moral y no puede hacer impresión alguna sobre espíritus verdaderamente filosóficos.

Sin embargo, las preocupaciones pueden tanto y pueden tanto la costumbre, que yo, al escribir este artículo, sudo de la manera más vulgar y más anticientífica.

JOSÉ ECHEGARAY

Estella matutina

(Á LA MEMORIA DE UN ANCEL)

Con lento paso me acerqué á la puerta, oprimiendo mi frente enardecida; sobre su lecho cándido tendida, la prenda de mi amor estaba muerta.

De cuatro cirios á la llama incierta aquel espectro vi, que era mi vida; aún cerca de la almohada hallé caída la humilde rosa que le di entreabría.

Me pareció que de sus negros ojos una celeste claridad brotaba, que otra vez, animados sus despojos, para decirme: «¡tuya!» me llamaba. Besé sus labios... se tornaron rojos.

¿Era el beso primero que le daba!

M. DEL PALACIO

La lectura en Inglaterra

En la Gran Bretaña se publican al año de ocho á nueve mil libros, dando esta cantidad total una proporción de 25 por día ó de un volumen por hora. En esta cifra están comprendidas las nuevas ediciones de libros ya publicados, con las cuales se recoge el dato más significativo, ó sea el que indica, mejor que otro cualquiera, las tendencias del gusto del público. Entre los libros que han obtenido buen éxito se citan algunos que han alcanzado tiradas de más de 300.000 ejemplares. A este resultado formidable es necesario agregar, para comprender bien la importancia del comercio editorial inglés, la cantidad de libros importados del extranjero, la cual asciende á 1.300.000 kilogramos, que representan un valor de 6.000.000 de pesetas.

Esta montaña de papel impreso da origen á un mercado importantísimo, sujeto, como otro cualquiera, al rigor de leyes económicas y á las oscilaciones de la oferta y la demanda.

«Así como nuestros antepasados se vanagloriaban de su capacidad para consumir vino de Porto—ha dicho Mr. Frederic Harrison en su *Choice of books*—podemos estar orgullosos hoy de nuestra superior absorción en materia de papel impreso.» Esta masa enorme de libros, indígenas ó exóticos, se extiende, en efecto, por millares de canales á través del país, y acaba por ser devorada por el público.

Los gabinetes de lectura, ó, para hablar con propiedad, las librerías circulantes, son en Inglaterra, no los enemigos de los editores, sino sus mejores clientes. Para dar una idea de su energía consumidora, basta decir que el colosal establecimiento de Mudie, rey de los gabinetes de lectura del mundo entero, adquiere á veces hasta 1.000 ejemplares de una novela recientemente publicada. Si la novela ha sido impresa en forma *fashionable*, el pedido hecho equivale á 40.000 pesetas, que de un golpe caen en el bolsillo del feliz editor. Algunos meses después, estos libros que han costado tan caros, suelen ser vendidos al peso.

Las librerías circulantes surten de libros á la clase media, mientras la innumerable biblioteca popular (*free libraries*) diseminadas por todo el país, prestan libros á los empleados del comercio, á los criados y á los obreros.

Los cuadros sinópticos que indican el consumo literario en las librerías de provincia, ofrecen resultados muy curiosos. Los libros de Filosofía y Teología no llegan al 2 por 100 entre los prestados, mientras las novelas alcanzan el 80 por 100. Los escritores moralistas están á la misma altura que los poetas en cuanto á la difusión de sus escritos; pero por lo que toca á la poesía, depende esto de que viene á ser como un privilegio de los espíritus más delicados; y por lo que hace á las obras religiosas, y á la religión por consiguiente, se atribuye el resultado á que ésta se encuentra divorciada de la Teología. La religión, ó no es nada entre los ingleses, ó es un sentimiento íntimo, personal.

Un administrador de cierta biblioteca popular cuenta una historia que no deja de tener interés. Acababa de publicarse un libro piadoso titulado *El mejor enlace*, y registrando las señorías el catálogo, quedaban encantadas con ese título tan lleno de promesas, y se apresuraban á pedir el libro, devolviéndolo también con el mayor apresuramiento en cuanto descubrían que el enlace de que se trataba no era carnal ni terrenal, sino celestial y místico.

Compárese lo que se lee en Inglaterra con lo que se lee en España, y nos explicaremos perfectamente su prosperidad y nuestra decadencia.

Figaro planteó el problema de si no se leía porque no se escribía, ó no se escribía porque no se leía. Hoy podemos resolverlo afirmando lo segundo, esto es, que en España no se escribe porque no se lee.

SECCIÓN AMENA

ACTORES AFICIONADOS

—¿Dónde vamos á estas horas?—preguntaba yo en cierta ocasión á un amigo muy bromista que tengo.

—¿A estas horas? A la camita como dos barbianes aburridos.

—San las once y no tengo ganas. ¿Si fuésemos al teatro de Júpiter?

—No conozco ese teatro.

—Es uno de mala muerte donde unos setemesinos hacen un drama para librar del servicio al hijo del portero de uno de ellos.

—Llegaremos al último acto. Hacen la segunda parte de *El zapatero y el rey*.

—¿Ay qué ricos!

—Pero me vas á hacer el favor de no armar una.

—Pierde cuidado.

Nos dirigimos al teatro de Júpiter, y gracias á nuestra cualidad de periodistas, nos dejaron entrar.

La sala estaba resplandeciente de mujeres hermosas, novias ó mamás de los criminales actores, y llegamos en el último entreacto.

Reinaba mucha gritería y confusión en los pasillos, y las carcajadas de los grupos nos dieron á entender que la gente había tomado á chacota á *El zapatero, al rey* y á sus apreciables intérpretes.

—¡Hay que pedir el arrastre al final!—decía uno.

—¿Lo mejor es ir á pedir el auto al juez para meterlos en la cárcel!

—¿Qué zapatero!

—¿Y qué rey! En la baraja los hay mejores.

—¿Pues y el infante don Enrique, con aquella media lengua?

Estas frases nos demostraron que la gente se divertía.

Nos dirigimos entre telones y allí vimos á aquellos desgraciados.

Las damas, que eran *alquilonas*, parecían dos amas de cría y los personajes del drama sus hijuelos.

Como no tenían nada que hacer en el último acto, estaban ya vestidas de *paísanas*; ¿Qué par de castigos!

—¡Hola, señor periodista!—me dijo don Enrique de Trastámara.—¿Vienen usted á deidse, eh?

—¡Yo!

—¡Señor periodista!—agregó don Pedro el Crael con voz de triple.—¿Tiene usted mañana en el periódico que hay públicos que están muy inconvenientes, inconvenientísimos...

—¿Pues qué ha pasado?

—No estaban ustedes aquí? Pues figúrense ustedes que en la escena del delirio del tercer acto, al caerme al suelo me hice daño con un clavo y lancé un ¡ay! de garrador. Pues bien, la gente en vez de compadecerse, comenzó á dar ¡pijos y á cantar aquello de ¡aaay! ¡aaay que sí! Eso sin contar que á Juan Pascual querían hacerle bailar en la escena mas culminante del segundo acto, y á la dama le pillaron que levantase á pulso al capitán Blas Pérez.

—No hagan ustedes caso.

—Es que es una broma de mal género.

—Da muy mal género—agregó Blas Pérez interviendo.

Mi amigo ya había hecho amistades con el tal Blas, quien le había calda en gracia, como á mí me cayó.

Todos los setemesinos que hacían el drama tenían unas piernitas que parecían de pájaro y les bailaban dentro de las calzas. Sólo el capitán, que era también flacucho, tenía unas piernas monstruosas.

—¡Qué piernas se gasta usted, camarada!—le dije mi amigo.

—Es que me he rellenado las calzas con algodón.

—¡Excelente idea!

—Yo no he quedado—dijo Trastámara, porque no me gustan los postizos.

—¿Y ha habido aplausos?—pregunté.

—Más de los que quisiéramos. Nos han hecho salir varias veces. ¡Gasta querían que saliese la sombra de don Enrique, que está pintada en un bastidor!

En eso tocaron el timbre. El telón se iba á levantar.

Los jóvenes que hacían de caballeros estaban hechos unos mamarrachos. Mi amigo les pidió su fotografía y ellos se la prometieron.

Levantase el telón, y me pongo, para reirme á gusto, en el primer bastidor. Mi amigo sigue á Blas Pérez á su cuarto, pues éste hasta el final del drama no tenía que salir.

Comienzan á hablar aquellos desgraciados, y no hacen más que equivocarse y mirar con ojos furibundos al apuntador, como si éste tuviera la culpa.

—¡A la escuela!—grita uno del público.

—¡A la casa de lactancia!—agrega otro.

—Que se afeite Duguesclín!

Efectivamente, el que hacía ese papel tenía una barba de zapador.

Acaban la escena y se van.

Entran don Pedro y Men Rodríguez.

El terrible rey de Castilla da un traspás y va á caer de brues cerca de las candelijas.

—¡Así en la tierra como en el suelo!—grita una voz.

Men Rodríguez corre á levantarlo, tropieza y cae encima.

—¡Eso no vale!—grita uno. ¡Todavía no es hora de dormir! ¡Levántaos, gándules!

Los pobres se levantan y comienzan á hablar sin saber lo que dicen, vociferando hasta los apares.

Al llegar á aquello de: (Con fiera) ¡Sanabria! aunque los reveses de la suerte así me abaten, dejadme vos que me maten sin rogar á los franceses,

el aficionado gritó con todos sus pulmones; Con fiera Sanabria aunque los reveses, etcétera, etc.

Aquel con fiera agregado á los versos, sacó de quicio al público, y ya no fueron guasas sino improperios los que oyó don Pedro.

Cuando llegó don Enrique llegó el colmo.

La media lengua se le acabó de trabar, y él y su hermano don Pedro ya no pronunciaron palabras sino bramidos, hasta que se agarraron, y liados á bofetadas, ¡tan incomodados estaban! entraron en la tienda de Duguesclín.

En esto llegó mi amigo donde yo estaba y me dijo:

—Ahora verás al capitán.

—¿Qué le has hecho?

—¡Cállate!

Entra Blas Pérez y desde luego note que lleva algo clavado en cada pantorrilla.

—¿Qué es esto?—preguntó á mi amigo.

—Las dos agujas del moño de la primera dama; se las he pedido, he puesto en la cabeza dos banderolas de papel y se las he clavado á Blas Pérez cuando estaba desdudado.

El público no se había enterado todavía; cuando se fijó un poco dió una carcajada tan grande que el cenitán se desmoronó.

—¿Se le han subido las espuelas!

—¡Es un par de banderillas trasero!

—¿Q se las quit!

Blas Pérez miraba á todas partes y se miraba á sí propio conociendo que la cosa iba para él.

Desde bastidores le gritaron:

—¡Las pantorrillas!

¿Qué creyó é? que le hablaban de sns piernas postizas, y adelantándose al público dijo:

—¡Señores, son de verdad, muy mías; no vayan ustedes á creer que son de algodón!

Otra carcaja y después una gritería infernal interrumpieron la representación.

Empezó al poco tiempo á caer una lluvia de patatas.

Los que estábamos entre bastidores entramos en escena para proteger á aquellos infelices, más muertos ya que vivos.

Mi amigo, que es muy expeditivo y sabe conjurar conflictos, se adelantó al proscenio é impuso silencio.

—Señores—dijo,—propongo que, sin dejarle desnudar, llevemos en triunfo á su casa al capitán Blas Pérez.

Un aplauso general acogió la proposición.

Multitud de personas saltó á la escena. Rodeamos al capitán, que estaba como aloado, y le hicimos ver las banderillas que llevaba clavadas en las piernas. Por poco se nos desmayó.

Después ajustamos la murga del teatro, compramos cuatro hachones y llevamos en triunfo á aquel zapatero hasta su casa. Uvas docientas personas formaban la comitiva.

Cuando depositamos á aquel pobre setemesino en el hogar doméstico, fué recibido por su padre, que le dió de palos, y por su madre, que lloraba.

Como no nos gustó meterlos en la vida privada de las personas, allí mismo disolvimos la reunión y nos fuimos todos á dormir, contentísimos de la noche que habíamos pasado.

DANIEL OR

COSAS LITERARIAS Y ARTÍSTICAS

ESCRITORES AMERICANOS

ALBERTO MEMBREÑO

Tres son los libros que conozco de este laborioso escritor: *Repertorio alfabético de Jurisprudencia*, *Elementos de práctica forense en materia civil y Hondureñismos*.

Y aun cuando por lo heterogéneo de tan varias materias pudiera creerse que lo que en unos resultara excelente labor, habría de resultar pobreza y deficiencia en otros, el más ligero exámen viene a comprobar todo lo contrario. Que unos y otros, ya tratan de cuestiones jurídicas, ya de abstrusas e intrincadas de filología, brillan al igual por la claridad de la exposición, la lógica inflexible del razonamiento y lo práctico de las conclusiones.

Juzgando uno de sus estudios, ha dicho la *Revista General de Jurisprudencia*, de Madrid: «condensa, merced á un adecuado método, la doctrina del procedimiento, relacionándola, sin dilaciones monótonas ni ampliaciones innecesarias, con el derecho sustantivo correspondiente, buscando para ello la debida correlación con los textos de los códigos Civil, de Minería y de Comercio.» Y esto, que parece fácil tarea, no es cosa hacedera más que para aquellos que á un sólido juicio y una inteligencia no vulgar, unen vasta erudición.

Cierto, que cuando los estudios jurídicos se hacen sólo por concordar, esclarecer y facilitar la aplicación de la ley, su valor es circunstancial, perdiendo en espontaneidad y carácter ideal cuanto ganan en sentido práctico y utilitario. Pero, aun en esto propio no existen mérito positivo y excelencias. ¿Qué hubiera sido de las grandiosas concepciones de Ahrens, Bastiat ó Bluntschli; de las nuevas tendencias de Lombroso, Holtzendorff ó Puglia, y de las investigaciones de Raleigh ó Sumner-Maine, sin el trabajo que tiende á encarnarlas en las legislaciones modernas y sin la labor paciente y altamente útil de los que pretenden llevarlas á todas las conciencias y que alientan en las costumbres populares?

Natural, llano y sencillo, cumplió en sus estudios jurídicos el propósito que le animara, sin alardes pretenciosos ni fingidas é irresistibles modestias, tan al uso, y á través de cuyas mallas se dibuja siempre la carátula de la soberbia; y por esto, y por el valor intrínseco de sus trabajos, merece aplausos sinceros y encomios justísimos.

Pero donde se nos revela original, y como hombre de excepcional cultura, es en *Hondureñismos*.

El mayor elogio que de este trabajo puede hacerse, es decir, que se lee sin cansancio, que inspira verdadero interés y que no desmerece de otros análogos con que honraron la literatura hispano-americana los ilustres Bello, Irisarri, Baralt, Cuervo y Marroquín.

Fué su plan comprender: 1.º La etimología indígena de los nombres de lugares, montañas, ríos, etc., de la República. 2.º Los nombres con su etimología de las cosas indígenas de uso común. 3.º Las palabras que se usan en el trato diario y que, aunque son muy españolas, por ser antiguas ó por cualquier otra causa no figuran en el Diccionario de la Academia. 4.º Las voces españolas corrompidas. Y 5.º Los nombres de los vegetales y animales del territorio hondureño que no constan en las obras de botánica y zoología. Y aun cuando este empeño meritosísimo no logró cumplida realización, por dificultades insuperables, trabajó en él con tanto cariño, mostró tanta inteligencia y tan copiosa y sana erudición, se nos reveló tan amante de nuestra habla clásica y de su brillante porvenir, que su libro se habrá de consultar constantemente por los que se entregan á estos estudios fructuosos.

Lo avaloran, y esto es de lo más interesante, vocabularios de los idiomas Moreno, Zambo, Sumo, Paya, Jicague, Lenco y Chosti, en los que tantas tradiciones pudieran encontrarse, ya referentes á los años primeros de la Edad colonial, ya al inmenso lapso de tiempo anterior, en que una tan espléndida civilización se extendiera por la América Central.

Las tradiciones! Nada hay comparable á las enseñanzas que encierran! ¿Quién no conoce las que atribuyeron la horrible plaga de los terremotos á una serpiente monstruosa que se revolvió en las grutas profundas; á los esfuerzos de un demonio que pretendía sacudir las rocas que lo aplastaban, ó á los saltos que los dioses juguetones se entretenían en dar de montaña en montaña? ¿Quién, al tratar de los volcanes, ignora las creencias de aquellos miseros pueblos que veían hervir en el fondo de los más espantables abismos inmensas masas de oro? ¿Quién, que, á raíz de descubrirse el continente americano, hubo monjes que pretendieron extraer tales riquezas primero echando un caldero á la sima y después perforando un túnel en el costado de la montaña?

Los misioneros cristianos, por un sentimiento análogo al de los sacerdotes japoneses, vieron en las montañas ardientes no la obra de un Dios, sino la de Satán, y de aquí el que se dirigieran en procesión al borde de los cráteres para exorcizarlos. Y cuentan las crónicas, que los monjes de Nicaragua subieron al terrible volcán de Motombo para calmarlo con sus conjuros, pero no volvieron jamás: el monstruo los devoró.

¿No es curiosa esta mezcla de avaricia leca, de superstición y de crasa ignorancia? ¿Las tradiciones! ¿Tantas y tantas nos brindarían con materiales interesantes para

la reconstrucción de la historia antigua de estos pueblos!

El camino, para lograrlo, sería partir de lo que actualmente se conoce, y ahondar entre las sombras, auxiliados por la antropología, la filología y la arqueología.

¿Por qué el señor Membreño, que tan excelentes condiciones muestra, no inicia estos esfuerzos meritosísimos?

Si las lenguas son el espíritu de los pueblos ¿por qué el hábil director no investiga y reconstruye, y nos ofrece la gran copia de sus trabajos que tanta luz haría en las edades primeras de la región centro-americana? ¿Por qué dejar perderse estérilmente esos soberbios testimonios?

Y si esto pareciera mucho para un hombre ¿por qué no se lanza á hacerlo la academia científico-literaria de Honduras? En ella existen hombres inteligentes que, contando con el auxilio del general Sierra, tan amante de las ciencias y del progreso de su pueblo, obtendrían copiosa cosecha. Unos al estudio geográfico, cronológico, antropológico y de filología, y otros al de los que la ciencia llama fuentes históricas, concluirían por hacer luz en el caos y orientar á los que viven dedicados á estos trabajos.

Si las Academias han de ser algo útil y provechoso, es esto: centros en que se fomenta la investigación y se favorezca la exposición científica, que de otra suerte se transforman en arcáicos y destaralados caserones, en que la polilla y las telarañas reinan como absolutos soberanos.

Y en esta labor, por las muestras de filólogo que el señor Membreño ofrece, habría éste de ocupar lugar preeminente.

¿A qué se debe si no es á estos esfuerzos, los grandes horizontes que se han abierto ante la investigación histórica? ¿A qué si no á ellos, el conocimiento que en la actualidad se tiene de los pueblos orientales, y de las fases bárbara y salvaje del hombre? ¿A qué el convencimiento de que todo en la vida es mutable y se transforma, y que á un periodo anterior en que el patriarcado fuera la base de la sociedad, se rindió culto al matriarcado y aún antes que éste al hefairismo?

De tal suerte varían las leyes de la vida con el conocimiento exacto de la historia.

Trabaje con ahínco el señor Membreño; no se desaliente, por contrariedades que pudieran atajarle, y tenga por seguro que el porvenir apreciará su tarea como la más provechosa para los intereses de su pueblo.

ENRIQUE ROGER

HIMNO AL ODIO

Salud, mal comprendida pasión de los humanos; destello luminoso del justiciero Dios; que habitas en el alma de todos mis hermanos y haces temblar los mundos al eco de tu voz.

Salud á ti que alientas la fe de los vencidos; salud á ti que guardas la herencia de Caín y al fiero impulso de ella levantas los caídos que encuentran en tu seno de su martirio el fin.

¿Por qué permites, odio, que hipócritas te nieguen los mismos que te brindan por templo el corazón? ¿Por qué consientes luego que humildes á ti lleguen pidiéndote energías en pago á su traición?

¡Ingratos! sin el fuego que enciendes en sus venas, sin el vigor potente que encuentran en tu fe, ¿lograran los esclavos, rompiendo sus cadenas, en la cerviz odiada poner su altivo pie?

Tú has dado al miserable la ley que al poderoso, has igualado al blanco y al hombre de color, y al confundir las razas tu impulso generoso has sido el verdadero y el sólo redentor.

Tú has hecho del mendigo señor de los señores; tú diste á los pontífices en un fraile un rival; tu empuje ha derribado del trono á los errores; rompiendo el degma has hecho del hombre un dios.

¿Qué importa que te execren á coro los humanos? ¿Qué importa que te nieguen cobardes á una voz? ¡Si habitas en el alma de todos mis hermanos! ¡Si tú eres de los hombres el verdadero Dios!

G. NUÑEZ DE PRADO

Información curiosa

Hace ya bastante tiempo el gobierno de los Estados Unidos mandó abrir una información general sobre la condición en que vivían los obreros de distintos países, encomendándosela á Mr. E. R. L. Gould, quien llamó en su auxilio á personas de grande experiencia.

Del Estudio hecho por Mr. Gould, sólo conocemos lo que se refiere á la industria del hierro en cinco países: los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania y Bélgica.

Los datos que aporta ofrecen el más vivo interés, porque con ellos á la vista se puede apreciar la influencia que ejercen los salarios en los precios de producción y en la condición moral y material de los trabajadores.

Mr. Gould toma por base de su estudio la familia obrera, á la cual considera como unidad social, y para simplificar su trabajo publica multitud de datos referentes: 1.º, al número de individuos de que se compone por término medio cada familia; 2.º, á la habitación que ocupan; 3.º, á sus recursos; y 4.º, al empleo que dan á estos recursos.

Metodizada de esta manera la obra, Mr. Gould reúne números y más nú-

meros para llegar á las conclusiones siguientes, que son las únicas dignas de fijar la atención:

En los Estados Unidos y en Inglaterra, la familia es menos numerosa que en los restantes. Lo es más que en ningún otro, en Alemania. Cada familia cuenta en Alemania, por término medio, con 6 individuos; en Bélgica, con 5'5; en Francia, con 5'3, y en Inglaterra y en los Estados Unidos, con 4'8.

La familia americana, que es la más numerosa, es la mejor retribuida. Su salario anual se eleva á 3.920 pesetas, mientras que en Inglaterra es de 2.599, en Francia de 2.328, en Bélgica de 1.796 y en Alemania de 1.411.

Después de los ingresos, los gastos. El americano dedica 536 pesetas, ó sea el 16 por 100 de su haber, al alquiler de casa; 1.406 á la alimentación; 619 á vestir; 125 á bebidas espirituosas; 65'85 al tabaco; 41'25 á libros y periódicos, y 1.282 á otros dispendios.

El inglés dedica 266 pesetas, ó sea el 11 por 100, á la habitación; 1.130 á la alimentación; 478 á vestir; 133'45 á bebidas espirituosas; 63'65 al tabaco; 29'20 á libros y periódicos, y 809'90 á varios gastos.

Para el francés, los mismos capitulos representan estas cifras: alquiler, 154 pesetas; alimentación, 979; vestir, 445; bebidas espirituosas, 233'65; tabaco, 26'30; libros y periódicos, 14,75; el resto, 596'65.

Para el belga: alquiler, 171; alimentación, 825; vestir, 417; bebidas espirituosas, 92; tabaco, 28; libros y periódicos, 16.

Para el alemán: alquiler, 88 pesetas; alimentación, 737; vestir, 274; bebidas espirituosas, 74; tabaco, 20'25; libros y periódicos, 12'20.

Dato curioso. La familia americana dispone de seis habitaciones; la inglesa de 4,2; la francesa de 4; la belga de 3,5; la alemana, de 1'9.

Otro dato digno de recogerse. La familia americana economiza 563 pesetas, ó el once por ciento; la inglesa, 196, ó 7 por ciento; la francesa, 318, ó 13,7 por 100; la belga, 29, ó 16 por 100, y la alemana no debe economizar nada, puesto que Mr. Gould deja en blanco la columna.

Europa no sale bien parada de la comparación con América. El obrero de los Estados Unidos, según demuestra monsieur Gould, gana más, ahorra más y vive mejor que sus compañeros del viejo mundo.

Las anteriores cifras ponen de manifiesto que el desarrollo de la libertad corrió parejas con el de la industria, y que á la prosperidad de la industria acompañaba siempre mayor suma de bienestar en los obreros.

Cómo se muere en el Hospital Militar

«Llega á nuestra noticia un suceso que se presta á muy tristes consideraciones, por falta del clero en cumplir sagrados deberes. Pero relatemos antes el hecho para que nuestros lectores puedan juzgar.

El inteligente y digno capitán de Infantería don Mariano Pérez de Mendiola venía sufriendo desde hace dos años una grave enfermedad; en cuyo tratamiento agotó todos sus recursos y exigió últimamente una operación de extraordinaria importancia, la trepanación, que, aun siendo de resultados muy inciertos, se imponía ante alguna esperanza de salvar su vida.

Decidido á ella, y careciendo de medios para que se verificase en su casa, usando de sus derechos como militar, ingresó el día 2 del corriente en el Hospital de Carabanchel, habiendo cumplido previamente con sus deberes de cristiano; ya allí, confesó otras dos veces con el padre capellán del establecimiento, la segunda en la víspera del horrible sacrificio: indudablemente tenía el presentimiento de una desgracia.

El 7, á las nueve y cuarto de la mañana, dió principio á la cruenta operación el notable operador médico primero don Eduardo Semprún, presenciándola el director y todo el personal facultativo del Hospital, que, dicho sea de paso, sólo elogios merece por su inteligencia y cuidado á los enfermos.

Fué realizada aquella con una maestría y precisión admirables, sin que faltase el menor elemento ni detalle de los que impone la moderna cirugía para tan arriesgados casos; pero ya terminada, y á consecuencia de encontrarse el cerebro sin la presión del enorme sarcoma extraído, sobrevino el colapso, que fué combatido con energía y rapidez, pero sin conseguir vencerlo, acabando con su vida en media hora.

En aquellos momentos apareció en la puerta de la sala el padre capellán, y después de enterarse de lo que ocurría, se retiró sin cumplir con su deber de administrar el último de los Sacramentos al caballero capitán en su estado agónico. Sorprendió el caso, máxime tratándose de quien le había dado recientes pruebas de ser ferviente católico.

No contando la familia con recursos para el entierro, tuvo que sufragar los gastos el hospital, dentro de la modestísima esfera del abono que hace el Estado, y al siguiente día, á las cuatro de la tarde, se verificó el fúnebre acto, con la asistencia de una veintena de amigos y compañeros del infortunado capitán; fué sacado el féretro del depósito y llevado al coche fúnebre, sin que apareciese ninguno de los dos capellanes que hay en el hospital, y cuya presencia era tan necesaria en aquel solemne acto y hasta obligatoria para acompañar al muerto rezando las preces que la Iglesia tiene establecidas. Causó el hecho general extrañeza, y fueron muy vivos los comentarios que se hicieron.

Ya el féretro en el cementerio, se procedió á darle sepultura sin que un sacerdote bendijera aquel cuerpo ni rezara las oraciones que todo cristiano recibe cuando le cubre la tierra, continuando no ya el asombro, sino la indignación de los circunstantes. Allí se supo que el cementerio no era propiedad del ayuntamiento, sino del obispado; que para haber acompañado el cura del pueblo el féretro y rezado las plegarias de rúbrica, era necesario se le abonase previamente 19 pesetas; y es claro que la familia no pudo dar lo que no tenía, resultando que por el delito de ser pobre el difunto, se le negó el derecho de ser sepultado como cristiano: estúpida teoría que por fortuna no tiene muchos partidarios.

Es indudable que, en tan triste suceso, ni la parte castrense ni la eclesiástica cumplieron con sus deberes; aquélla, porque es imposible suponer que dos capellanes que tiene el hospital con la única obligación de la misa y asistencia á los moribundos, les rinda el trabajo de tal modo que los dejen abandonados y ni aun se ocupen de bendecir sus cadáveres; ¿qué hacen allí, pues? Cobrar el sueldo y ser unas fieras para el descanso: no cabe duda.

Respecto á la parte eclesiástica, en poco estima el señor párroco de Carabanchel las doctrinas del Crucificado, puesto que no las practica si no se las pagan; y así entienden su misión algunos de los ministros del Señor, vendiendo sus rezos por un puñado de pesetas, y si no las hay qué importa el muerto, ni lo que nos enseña el catecismo, ni el esplendor de la Iglesia?

Pocos días después del referido suceso, ocurrió otro no menos triste en análogas condiciones, siendo el fallecido un comandante. Otros muchos casos habrán ocurrido, porque se conoce que allí impera de antiguo el olvido de cristianas prácticas; pero por el decoro de la clase militar, por el prestigio del clero, por los respetos que merecen los muertos, hay que evitar su repetición, imponiéndose la necesidad de hacer público el abuso que se comete por unos y otros, para que las autoridades de ambas jurisdicciones hagan cumplir á sus subordinados con los deberes que impone su sagrado ministerio. Es lo menos que se puede pedir.

EL EJERCITO ESPAÑOL

Madrid 26 Junio 1900.

Pensamientos morales

El arrepentimiento es el último beneficio, y casi siempre el mayor, que nos producen nuestros defectos.

Las mujeres, ó no piensan en nada, ó piensan en otra cosa.

Da muchas limosnas, pero sin que te conozca el que las recibe. Así evitas las ingratitudes y los abusos.

Cuando se ve la vida tal cual Dios la ha hecho, no se puede menos de darle gracias por haber hecho la muerte.

Es muy raro que dos mujeres sean de una misma opinión: excepto cuando hablan mal de una tercera.

Yo quisiera saber por qué las mujeres, que son implacables para con ellas mismas, se irritan contra nosotros cuando hablamos mal del sexo bello.

La mujer no puede jamás degradarse ni caer tan bajo como el hombre, porque siempre hay algo de amor en su primera falta.

Los hombres tienen el derecho de hablar de las mujeres; jamás de la mujer.

Las mujeres verdaderamente bellas no tienen más pudor que el precisamente necesario para hacer apreciar su belleza.

La experiencia y la filosofía que no conducen á la caridad y á la indulgencia, son dos adquisiciones que no valen lo que cuestan.

La muerte de aquel que ha prestado un servicio, no libra del agradecimiento al que lo ha recibido.

La maledicencia y la calumnia no irían á ninguna parte si no hubiera imbéciles que les facilitaran el camino.

Que las mujeres graben en su memoria la siguiente máxima: sólo es digno de su amor el que las ha juzgado dignas de su respeto.

Prefero los malvados á los imbéciles;

aquéllos pueden enmendarse alguna vez; éstos nunca.

Los que hemos querido verdaderamente no están donde solían estar, pero están siempre donde estamos nosotros.

Todas las mujeres quieren más el que se las estime, que el que se las respete.

Infinitos hombres mueren sin haber creado nada; pero ni uno solo muere, aun al nacer, sin haber destruido.

¿Sabéis lo que es el deber? Es lo que exigimos á los demás.

A menudo es la mujer la que nos inspira grandes cosas y la que nos impide llevarlas á cabo.

ALEJANDRO DUMAS (Hijo)

"La Corres, inmoral!"

¡Válganos Dios, *Siglo Futuro* de nuestros pecados, y qué folloñico tan amarrachado y miserable has sido siempre!

A mal compañero y á combatiente con armas prohibidas no hay quien te gane, y á estas horas puede decirse que entre los diarios neos eres el único malandrín capaz de ciertas felonías piadosas que acaso repugnan *La Lectura Dominical*, de Garzón, y *La Semana Católica*, del ñoño y aprovechado Quilez.

La verdad; sólo que existas constituye una vergüenza para España, y si en la prensa de Madrid hubiera buen sentido y... lo que debe haber, si nuestros compañeros pensaran como nosotros, hace mucho tiempo que no vivirías, *Siglo* empecatado, ni tu amo el Nocedal pasaría las calles de Madrid.

Que tengas un odio feroz, como que es producto de la envidia hacia los rotativos, odio que crece según ellos se van haciendo más neos, pase; que los combatas, santo y bueno, pues no serán perfectos; pero que dispires tan á traición y cobardemente como acabas de hacerlo con la pobre *Corres* inofensiva, indefensa, porque los neos la tenéis maniada, anémica, sin lectores apenas y en la postración propia de quien ha bebido á cántares el veneno ultramontano, francamente, eso no puede quedar sin durísimo correctivo.

La *Correspondencia* y lo imposible, se titula el suelto insidioso, envenenado y descaradamente embustero, en el que, después de excitar al claro y á los fieles á no leer al colega y á los otros rotativos, invocando prohibiciones episcopales (señal que no las hay pontificias y de derecho general) que no existen en esta diócesis (que las exhiba Nocedal), acusa ¡de antecedentes pornográficos! á *La Corres*, con notoria falsedad; y refiriéndose á un artículo de Luis González Gil, dice el muy bello de *El Siglo Futuro*:

«Es que anoche, en primera plana, entre los fondos, publica un *Nocturno* donde, con todos su pelos y señales, con un *naturalismo* y un *realismo* de que no hay ejemplo en los periódicos más desvergonzados, con que no se puede comparar ni el número de *Vida Nueva* recogido por estampar con todas sus letras las palabras más soeces, invitan á los que se cansan de dar vueltas por las noches en los Jardines del Retiro, y de oír músicas y gorgoritos, y quieran divertirse...

Pues invita á lo que no se puede invitar. Y cuenta lo que no puede contarse. Y dice lo que no puede decirse. Ni leerse. Ni escribirse...

El *Nocturno* de *La Correspondencia* de anoche inaugura una nueva sección, de que no nos es posible dar más noticias: reseñas de los burdeles.

Ahora más que nunca se puede decir de los agentes de policía urbana, y de los agentes de Seguridad, y del alcalde y del gobernador:

Pero esos hombres, ¿para qué sirven?

¡Excelentes lecturas proporcionan á sus hijos y á sus hijas los padres que dejan entrar en sus casas á *La Correspondencia de España*!

Este final policiaco es un acto de indigna soplonería para que denuncien al pobre periodista neo que fué de Santana.

Ahora lo gordo.

Lefmos el artículo, titulado *Nocturno*, y... no tenía absolutamente nada de lo que dijo rasgando sus manchadas vestiduras el gran fariseo; era un trabajo, anodino como el cerato simple.

Bien empleado les está á *La Corres* y á sus colegas en neismo rotativo lo que les pasa con la campaña feroz é incauta de que están siendo objeto en confesonarios, pulpitos y periódicos ultramontanos; ya se lo ha dicho Alfredo Calderón elocuentemente y nosotros repetidas veces; pero ellos, de *El Liberal* abajo, siempre mansos... y ¡aguanta cachete y calla! cómo les decía el Nocedal.

¡Creerán ustedes que el autor del artículo, en vez de revolverse contra la infame calumnia y dar su merecido al Tartufo del teñido bigote, sale días después con una frasecilla, todo medroso y sin atreverse ni á nombrar á *El Siglo*!

¿Lo queréis colegas? ¿Os gustan los golpes de badila nea en vuestros neos nudillos? Pues permitid Dios que os mateis á badilazos. Entra tanto...

Aguanta cachete y calla... y vete quedando sin lectores.

EL PAIS

MADRID—IMPRESA, ENCARNACIÓN 14.